

IN MEMORIAM



**LEOPOLDO  
CENTENO NORMA**

Nuestra escuela está de luto. Nos ha dejado para siempre ese hombre trabajador, responsable y cordial que era nuestro “güero” Centeno. Y al morir, con él ha desaparecido algo esencial de la escuela —de nuestra ya vieja escuela que fue “rural” en tiempos en que, hace medio siglo, empezó a laborar en ella el profesor Centeno. En 1937 inició su trabajo en la entonces Escuela de Bacteriología; desde 1939 quedó adscrito a nuestra ESMR. Eran los tiempos en que ésta era objeto de toda clase de ataques; cuando había que solicitar innumerables permisos para obtener cantidades mínimas, o cadáveres de la fosa común y a veces de otras procedencias, el güero Centeno fue acusado y vituperado, pues su fidelidad y su entusiasmo por la escuela le obligaron a toda suerte de subterfugios para poder surtir el “anfiteatro” de material educativo. Eran los tiempos del célebre salón 45, cuando cada profesor tenía que hacer cola esperando que terminara la clase de su predecesor para iniciar la suya. Allí estaba siempre el profesor Centeno, colaborador más que fiel de otro maestro querido ya desaparecido, el Dr. López Antúnez.

El profesor Centeno era ya de los pocos supervivientes de aquellos tiempos que no es exagerado calificar de heroicos. Si hubo un colaborador infatigable y fiel que dio todo su entusiasmo, casi toda su vida, a nuestra Escuela, éste fue nuestro “güero”, que inevitablemente saludaba en forma cordial, con la sonrisa amable tan caracte-

rística, y la frase: “¿Cómo estamos, querido maestro?” Y él era no menos querido de todos, y no menos maestro.

Su amabilidad era constante, su optimismo y su entusiasmo contagiosos no disminuían, aunque, como dijera a mediados de los 40, tenía tantas contrariedades, tantos sinsabores, que “los vivos olvidan que inexorablemente tienen que llegar a ser cadáveres. La verdad es que estimo más a los que han muerto que a muchos vivos”. Todas las calumnias y los ataques de que fue víctima eran superados por su energía, su tesón, su bonhomía; y a ellos correspondía la escuela toda, pues no hay ni un solo profesor, ni un alumno que no hayan convivido muy afectuosamente con el hombre ejemplar que fue Leopoldo Centeno.

Serían innúmeras las anécdotas que rodean sus 46 años de labor ininterrumpida. Recordemos solamente su extraordinaria colaboración entusiasta en la formación del museo de Anatomía; su empeño y destreza que le hicieron dominar como nadie la técnica de preparación de piezas de plástico; su viaje a EE. UU. con el profesor Lama-drid y con su hijo Felipe para completar sus ensayos con estas técnicas. Recordemos la llegada a la flamante escuela nueva —la actual— en compañía del inolvidable Dr. Luis Augusto Méndez y de un esqueleto que parecía asimismo feliz —fotografía que se ha hecho célebre.

Los raros momentos en los cuales descansaba de su labor, estaba en los pasillos o la puerta de la escuela y nadie entraba sin recibir su amable y sonriente saludo. Su bonhomía era invariable, incluso cuando le abrumaban contrariedades de todo orden. Su lema fue siempre la fidelidad. Fidelidad a su honrra de bien y fidelidad a nuestra escuela. No le faltaron ocasiones para abandonarla por situaciones económicas más lisonjeras y categorías más acordes con su valer. Centeno no desertó, no quiso dejar nunca su puesto de trabajo.

La escuela ya le rindió repetidamente testimonio de agradecimiento; recordemos el merecido homenaje, ratificado por las medallas “por servicios prestados” y la placa con su nombre en el anfiteatro de Anatomía.

Por eso puede decirse nuevamente, con profunda pena, que al acabarse este hombre ejemplar ha desaparecido también algo inefable, una piedra maestra de esta escuela a la cual dedicó toda su vida. Quienes tuvimos el privilegio de su amistad y compañerismo sentimos una pena profunda. Descansa en paz, compañero Centeno. Y en nombre de todos, escuela, profesores y alumnos, por lo que hiciste y por lo que fuiste, ¡gracias!, ¡muchas gracias!

## IN MEMORIAM



**M. en C. ANTONIO HERNANDEZ CORZO**

La Sección de Graduados de la Escuela Superior de Medicina ha sufrido la dolorosa pérdida de uno de sus distinguidos profesores, el Maestro en Ciencias ANTONIO HERNANDEZ CORZO, catedrático de Genética, quien falleció el día 7 de noviembre de 1983.

Se trata de un maestro no sólo competente sino ameno y fino, que supo hacer de su cátedra una serie de acontecimientos ilustrativos, siempre actualizados, agradables y profundamente motivadores hacia el área que él dominó en forma sobresaliente. Las tesis que dirigió fueron siempre modélicas y llenas de interés.

No podría terminar esta sentida nota sin señalar que como todo hombre valioso, Don Antonio Hernandez Corzo fue modesto y accesible para quien quería recibir orientación y consejo.



**DR. EDUARDO PANTOJA HARO**

La Escuela Superior de Medicina del Instituto Politécnico Nacional y su Sección de Graduados han sufrido la pérdida de uno de sus distinguidos profesores, el Méd. Cir. y Maestro en Ciencias Morfológicas EDUARDO PANTOJA HARO, quien falleció el día 26 de agosto pasado a consecuencia de penosa enfermedad.

Queda en nuestro recuerdo el excelente amigo y compañero a la vez que apreciable catedrático de la rama morfológica y de la Especialidad y Maestría en Ciencias de Medicina del Deporte.

México, D. F., agosto de 1983.